

El estímulo de las voces que acompañan

Voluntarios leen cada día a los pacientes del Clínico / Dos visitan a un joven en coma para estimularle con sus palabras y lecturas y desahogar a la familia

ALICIA CALVO VALLADOLID

La primera vez que oyó las voces «extrañas» de María y Andrea su respiración «se aceleró». El 10 de noviembre entró en coma, pero a pesar de su estado reacciona ante estímulos.

La puerta de la 1022 está hoy cerrada. «Paciente aislado», avisa un cartel. Pero el salvoconducto de Andrea y María es un libro. Llamaron y el padre del joven que reposa en la cama las abre: «Qué bien veros. Vosotras claro que pasáis, id a por las calzas, los guantes y la bata».

María y Andrea, estudiantes de Enfermería, son voluntarias de lectura del Hospital Clínico y acuden una vez por semana a ver a su 'paciente', que permanece en coma desde hace casi dos meses.

Durante algo más de una hora le relatarán *El desafío de Robin Hood* y le contarán noticias de actualidad para «que reciba estímulos diferentes» y para que su familia, a la vez, 'respire' un rato. Lo importante es leer para él, en realidad, 'hablar' con él.

Y funciona. Aunque se encuentra en coma están seguras de que las oye. «Sí que nos escucha. Reacciona. Cuando entramos la primera vez y oyó voces desconocidas comenzó a respirar más fuerte», cuenta María.

Estas dos estudiantes forman parte de la red de voluntariado de Lectura del Hospital Clínico de Valladolid que acompañan y estimulan con sus palabras. La componen 60 universitarios de distintas titulaciones, que dedican alguna hora por la tarde a acompañar a los pacientes, leerles el periódico, una revista o un libro y, al final, conversar.

La lectura casi siempre es una excusa. «Sirve para romper el hielo. Se empieza leyendo y se acaba hablando», explica Blanca Llorente, madre de un niño que cursa cuarto de Medicina en Valladolid y es una de las tres artífices de esta iniciativa.

El objetivo es doble y el efecto, también. Por un lado, ayudar a los pacientes y, por otro, a los familiares, dándoles un descanso y permitiéndoles ganar un tiempo para ellos.

Los padres del joven de la 1022 que se encuentra en coma aprovechan ese rato para tomarse un café, fumar un cigarro rápido y despejarse del ambiente de una habitación que apenas abandonan. «Pasamos las 24 horas aquí», relata su madre, que no quiere hablar del «incidente», pero sí de las dos chicas que leen y visitan a su hijo. «Está muy bien que vengan porque nos entretienen al niño y yo creo que le viene fenomenal. Las enfermeras nos dicen que es bueno estimularlo con voces diferentes».

Ese niño tiene 18 años y es del

Barça. Andrea y María, que confiesan no tener «ni idea de fútbol», buscan en su teléfono móvil noticias sobre el equipo azulgrana y se las leen, aunque reconocen que no saben muy bien qué comentar al respecto. La madre se lo agradece. «Seguro que le gusta», espera.

Hoy llevan un libro de la colección *Elige tu propia aventura* que da opciones de escoger a qué página pasar. «Es dinámico. Podemos hablar con él y decirle a qué página creemos que llevaría él a Robin Hood», señala Andrea. «Le hablamos como si nos fuese a contestar», apunta María.

Cuentan a este joven, que estudia Mecánica, que van a tener una cena de Navidad y que están de exámenes.

Sólo se han sentado a los pies de esa cama tres veces, pero la familia ya ha decidido que les sienta bien. A

Le leen una vez a la semana libros o revistas y le cuentan noticias del Barça

«Sí nos escucha. La primera vez cuando oyó voces extrañas respiró más fuerte»

«Está bien que vengan. Nos entretienen al niño y le viene fenomenal», señala la madre

todos. Tanto, que la próxima semana, cuando le trasladen al centro hospitalario Benito Meni, María se ofrece a acudir allí y se intercambian los números de teléfono.

Como están en camino de convertirse en enfermeras aportan también sobre otras cuestiones de interés para su oyente. Tras preguntar en la facultad, le cuentan a los padres que es recomendable que le coloquen unas pelotas de papel en las manos para que note las texturas. «Lo hacemos, pero no le gusta mucho, las tira».

Pasada una hora, la madre sube a la habitación preparada para hablar, hablar y hablar. «Nos han comentado los médicos que es bueno que nos escuches y hablamos todo el rato».

Las dos lectoras se quitan la protección y se despiden. «Te sientes

bien por hacer que estén algo mejor», comenta María. «Si yo estuviera en esa circunstancia me gustaría que me ayudaran», añade Andrea.

Antes de llegar a la planta, estas dos voluntarias quedan con el resto en el hall del hospital. En el puesto de los celadores piden 'la caja'. Contiene la llave de la biblioteca y una pequeña agenda donde apuntan lo sucedido en cada sesión.

En la última página escrita aparece anotado que la paciente de la 907 quiere libros de historia. «Nada más». Revuelven entre las estanterías y cada una —también hay chicos aunque son menos— se arma con un libro o una revista. «Suelen gustarles más los periódicos y las revistas porque se pueden leer historias cortas», aclara Blanca. Se separan y permanecen en contacto por *WhatsApp*.

Irene, de segundo de Medicina, coincide a la misma hora, a las cuatro de la tarde, cuando comienza todo. En lo que busca el manual histórico con el que amenizará la tarde de algún desconocido, explica que decidió involucrarse en el voluntariado al darse cuenta de que todo su tiempo lo invirtió hasta ahora en ella. «Ahora que tengo más tiempo pensé en contribuir en favorecer a otros».

Mientras Andrea y María están en la décima, en Neurología, Irene y Ángela van a la quinta planta, a Trauma. Irene pregunta en control qué paciente podría requerir su compañía.

Ángela, que otras veces cogió un periódico o *El Principito* para una mujer operada de la cadera, esta vez —como en las tres anteriores— sube directamente sin ni siquiera pasar por la biblioteca. Ya sabe a dónde va, a ver a Manuel.

«Una eternidad», asegura Manuel que lleva en el hospital. Permanece postrado en una cama de Trauma desde hace más de un mes. No tiene familia en Valladolid y Ángela, burgalesa de 21 años, es su única visita. Es voluntaria de lectura, pero no lleva libro. «Yo no quiero que me lea, prefiero hablar. Con ella se me pasa más rápido el tiempo», comenta muy sonriente Manuel ante esta estudiante de Medicina que, pese a estar inmersa en exámenes y «agobiada» por ellos, no quiso faltar a su cita. «Cambio su monotonía y noto que si no vengo me echa en falta», relata Ángela.

Cuenta el personal de la planta que Manuel pregunta con frecuencia por Ángela. Le darán el alta antes de fin de año y ella se siente aliviada porque vive en Burgos y no podría venir. «Si yo estuviera aquí no me importaría porque notas cómo le alegras un ratillo. Total, para mí es una hora, pero para él significa más».



Las voluntarias María y Andrea en la puerta de la habitación 1022, donde acuden a leer a un pa-

LA INICIATIVA SE EXTIENDE: «¿TIENES UNA HORA PARA ALEGRAR LA TARDE A LOS DEMÁS?»

«¿Tienes una hora para alegrar la tarde a los demás?». Con esta pregunta nació la iniciativa de lectura que en la que los voluntarios dedican una hora semanal a leer a los pacientes del Hospital Clínico de Valladolid y que se extenderá a otras propuestas. Primero, en breve sumarán a los pacientes adultos de Psiquiatría —que apenas disponen de horas de visita— a la lectura por parte de voluntarios. «Es más difícil porque son casos complejos pero podemos aportar», indica Blanca Llorente.

Tras el éxito de afluencia y la buena acogida entre pacientes y familiares que tiene esta red de voluntariado, las tres ideólogas de esta propuesta la extenderán a principios de año al Benito Meni, al área de cuidados paliativos. Bajo el lema «porque cuando no hay nada que hacer es que queda todo por hacer», estas universitarias de Medicina de Valladolid pretenden movilizar a la juventud de la ciudad. «Pasa un rato a la semana con quien más lo necesita. Ayuda, aprende, ríe, haz reír...», reza el cartel con el que pretenden despertar el interés. «Porque no te da igual, porque quieres ayudar, porque te necesitan, porque lo necesitas».



«Estar solo en el hospital es duro y lo hacemos más fácil»

La iniciativa de lectura partió de tres universitarias hace tres meses / Ya son 60 estudiantes voluntarios

ALICIA CALVO VALLADOLID

Blanca tiene 21 años y cursa cuarto de Medicina en Valladolid. Estaba nerviosa después de colgar los carteles en varias facultades. No sabía si llamaría a alguien o recibiría algún email. Pero su teléfono sonó y en el correo electrónico hubo movimiento. Pedía a otros jóvenes que dedican una hora semanal a leer a los pacientes del Clínico. Tres meses después ya son 60 los voluntarios que acuden alguna tarde a entretener a los enfermos ingresados en este centro. Cursan sus estudios en Valladolid aunque proceden de distintas provincias.

La idea surgió en el curso anterior. Blanca hizo prácticas en el hospital madrileño de la Paz, en Madrid, y al comprobar «que algunos pacientes estaban muy solos», se le ocurrió dejar sus propios libros a algunos enfermos «para que se distrajeran un poco». «Pero te das cuenta de que hay quienes ni siquiera tienen fuerza para coger un libro y, además, con los míos propios se quedaba corto».

Entonces, llegó a Valladolid y vio la cercanía de la Facultad de Medicina con el Clínico —separados por unos pocos metros en la misma calle— y acudió a hablar con el hasta ahora gerente del centro hospitalario, José María Eiros. Él le indicó que contara sus ideas al responsable de Atención al Paciente y lo pusiera en marcha.

Compartió la idea con dos amigas, estudiantes de sexto de Medicina, Henar y Patricia, de 23 años, que también sopesaban establecer algún voluntariado. Formaron la asociación MASQUM («Más que uno más») y entre las tres articularon esta red de lectura. «Pensamos en cuánto podíamos pedir a la gente que se comprometiera y creímos que una hora a la semana no es tanto y se consigue mucho».

Blanca insiste en que «estar solo en el hospital puede ser muy duro». «Lo hacemos más fácil».

Lo mismo opina María, una de las voluntarias que procede de la facultad de Enfermería y explica cómo reconforta prestar estos servicios. «Te sientes satisfecho porque ayudas a alguien que está enfermo y es la misma razón por la que estudié Enfermería».

Tanto ella como Andrea, la otra futura enfermera que la acompaña en alguna de sus sesiones de lectura, remarcan la importancia «de ayudar a los familiares». «A veces no se separan de los enfermos y este rato les hace bien».

Ángela, que también acude al

Clínico con voluntad de mejorar la tarde de alguien, señala que su labor abarca una parte que «a veces las enfermeras al estar tan atareadas no pueden cubrir».

«Al principio costó la burocracia, reuniones y organizarnos todos. Pero ahora mucha gente se ha animado», comenta esta universitaria.

Irene cursa Medicina como la mayoría —aunque también hay voluntarios de Magisterio, Derecho o Administración y Dirección de Empresas— y destaca que esta oportunidad tiene además una parte que redundaría directamente en su experiencia profesional. «Es una manera de entrar en contacto con el hospital. Hasta dentro de un año no

La red de voluntarios la forman universitarios de distintas provincias

«La respuesta ha sido muy buena; vienen incluso en época de exámenes»

hago prácticas y así puedo verlo desde otro punto, entrar en contacto con los pacientes y conocer su lado personal».

Pese a su juventud, Blanca asegura que le apena ver que la gente de su generación «se deje llevar y sea pasota». Una situación que pretende revertir con esta y otras iniciativas.

De hecho, esperan seguir creciendo en propuestas y en efectivos. «Al principio nadie daba un duro por nosotras. Pensaban que empezáramos emocionadas y lo dejaríamos. Pero aquí estamos e, incluso en diciembre, con navidades y exámenes, la respuesta es muy buena».

Todo se explica por el efecto de sus horas de lectura. «Les alegras bastante la tarde», cuenta Blanca y recuerda cómo una mujer que iba a pasar el cumpleaños sola, gracias a su visita disfrutó de un momento agradable o cómo otra paciente con depresión no hablaba, pero tampoco quería que Ángela se fuera de su lado.

Es aquello de cumplir lo que cada voluntario lleva en las tarjetas identificativas: «Cuento contigo, cuenta conmigo».



de que permaneció en coma. JOSE C. CASTILLO



JOSE C. CASTILLO

LA HORA DE MANUEL Y ÁNGELA. Durante su ingreso en la planta de Trauma, Miguel pregunta durante la semana por Ángela. Espera su visita. Esta estudiante de Medicina acudió la primera vez a leerle un libro, pero no llegó a abrir ni una página. Él prefiere conversar. Ella acepta porque sabe que su compañía le sienta bien.